



Informe subnormal sobre un fantasma cultural

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Ilustraciones de Nuria Pompeia.

Triunfo, 30 / 1 / 1971

Se hablaba de la «gauche divine» como se podía hablar de Salvador Dalí, del campeonato mundial de mus o de los abrigos de Massiel. La «gauche divine» era una excentricidad sociológica por algunos contemplada divertidamente, por otros rigurosamente y por algunos exterminadoramente. ¿Existe la *gauche divine*? ¿No existe? Éste era el estado de la cuestión hace algo más de un mes. Ante la pregunta: ¿Qué es la «gauche divine»? las respuestas se caracterizaban por su poca notoriedad científica. Solía contestarse por el contenido y no por el continente: ¿La «gauche divine»?..., son unos chorras, unos jilis, unos cachondos, unos integrados. De pronto, el tema de la «gauche divine» ha rebrotado, pero esta vez por distintos auspiciadores. Sesudos rotativos madrileños, empecinados augures de nuestra política, se han planteado el tema-problema de la «gauche divine». Ellos sí que han liquidado prontamente la cuestión sustancial y han manipulado la expresión «gauche divine» con una seguridad de expertos en rompecabezas. Para ellos es «gauche divine» todo lo que es izquierda intelectual, cultural o artística, e inmediatamente han descalificado el sentido del realismo que puedan tener izquierdistas tan amables. No pisan tierra firme (alegan). No saben en qué país viven (aducen). Han mixtificado la realidad a partir de su visión sectorial (concluyen). Al margen de los juicios, de su justicia y al margen de que sigue sin resolver si existe o no la «gauche divine», sorprende el coro irritado, ahora de gentes de orden y preorden, disimulando muy mal, bajo el cachondeo, un antagonismo severo contra la «gauche divine». El motivo de esta dedicación y este enfado no es otro que la participación de buena parte de la llamada «gauche divine» catalana en el encierro de Montserrat, en el ayuno-protesta del club de amigos de la ONU y en otros acontecimientos del agitado mes de diciembre de 1970. De esta forma, el mes de diciembre de 1970 ya tiene, entre otros, un protagonista ligero, banal, fácilmente desautorizable, combatible llamado **gauche divine**. De tener un protagonista a tener un calificativo media un paso, un leve paso propagandístico.

¿Escribirán los augures una historia del mes de diciembre de 1970, en la que se diga que gentes sin tierra firme, desconocedores del país en que vivían y mixtificadores subjetivos de su realidad crearon un clima de inestabilidad y violencia moral y pública?

Retrato robot de la «gauche divine»

Las señas de identidad del fantasma de la «gauche divine» están condicionadas en parte por una precipitada, y algo malintencionada, lectura de Françoise Sagan y por esa tendencia hispana al **voyeurismo**. Orden de busca y captura. Retrato robot de la «gauche divine»:

Ellas: algo frescas, rubias, melenas lacias; no llevan combinación larga; miran a los hombres de abajo arriba y a las mujeres de arriba abajo; les encanta el «Ché», Bellocchio, Charlie Brown; comentan entre ellas el censo y eficacia de sus «partenaires» sexuales; van a Perpiñán, a Andorra, a París a ver cine; a Londres a ver trapos; suelen desengañarse matrimonialmente en plazos que oscilan desde los tres días a los siete años (nunca pasan de los siete años); tienen hijos rubios, inteligentes y ocurrentes, partidarias del unisexo... masculino; se pirrian por las experiencias comunales de los «hippies», pero rechazan todo conato de postergación del desodorante; les chifla la guerrilla, odian la maxifalda; partidarias de la revolución sexual; no saben cocinar, trabajan como editoras, traductoras, agentes de relaciones públicas o montan «boutiques», librerías, discotecas o escriben para revistas implícita o explícitamente progresistas.

Ellos: son arquitectos, escritores, antologistas, novelistas, poetas, periodistas, cineastas, médicos, abogados (muy pocos laboristas); visten jerseys cisne y chaqueta de ante, partidarios del unisexo... femenino; si se compran un coche que exceda al Mini, se lo compran rojo; les encantan las guerrilleras

palestinas, van a Calpe con sus planes de fin de semana y a Marruecos con los planes más duraderos, llaman al psiquiatra para consultarle el color del «foulard», consideran absoluto el tema del diálogo entre católicos y marxistas, saben cocinar dos o tres platos (suele ser el, «steak tartare», el arroz al curry y, en casos de inteligencia excepcional, la paella) y algunos suelen ligar muy bien la mahonesa o el **all i oli**; les preocupa la semiología sexual y la fatal tendencia a la social-democratización que experimenta Europa.



Éste es el retrato robot del miembro de la «gauche divine», creado por la delirante imaginación de sus soñadores. Intuyo que el retrato masculino y femenino igual podría haberse aplicado (con unos años menos) a

Elsa Triolet y Aragón. Me parecen signos superficiales tan dignos de absurda sospecha como la veneración que Togliatti sentía por Albio Tibulo y Catulo o el cinismo con el que Trotski comenta el comportamiento de las viudas francesas en el transcurso de la primera guerra mundial. Yo he acudido a algunos de los supuestos miembros de la «gauche divine» y les he encontrado sometidos a preocupaciones más circunstanciales, comunes, humanas: pagar el alquiler es una de las más frecuentes, o asegurar la traducción para el próximo trimestre, o el embolado canoro en un centro parroquial de la comarca que permitirá comprar latas de comida en conserva y una botella de whisky, que se beberá con prudente sigilio económico. Son situaciones tan poco dramáticas como cínicas. Hay gente que lo pasa mucho peor y gente que lo pasa mucho mejor. Por sus supuestos signos externos, la supuesta «gauche divine» es más aparental que real y está más emparentada con la tía Leo que con Crespo.

Las convicciones políticas comunes de la supuesta «gauche divine» son mínimas: son liberales sentimentalmente y, hay que reconocerlo, partidarios de las revoluciones más novedosas. No se paran en distinguos sustanciales. Si la última revolución es la sexual, pues la sexual. Si la última revolución es la palestina, pues la palestina. Si la última revolución es la música progresiva, pues la música progresiva. Me parece poco científica, pero también poco delictiva esta actitud. No me parece mejor la del que es clarísimo, clarificadísimo, partidario del sentido progresivo de la Historia y desconoce la significación de los Beatles. Entre los supuestos miembros de la supuesta «gauche divine», sólo son molestos los dogmáticos, sobre todo los dogmáticos del antidogmatismo y del relativismo. En cambio, hay gente encantadora que duda de su propia duda, verdaderos machadianos más en alma que en cuerpo (el rigor filiforme es bastante común), que con su escepticismo amable pone una nota de tolerancia en el inquisitorial expediente de nuestra convivencia.

La mayor parte de los supuestos miembros de la llamada «gauche divine» no sabían que ésta existiera hasta que empezaron a lanzarles el adjetivo con agresividad. Liberales de corazón, en lugar de responder: **eso lo será tu madre**, analizaron la expresión y descubrieron su íntima contradicción. ¿Cómo puede ser divina la izquierda? ¿Acaso el Vaticano ha cambiado de actitud con respecto al marxismo? Calificar de divina a la izquierda es desvirtuarla, concluyeron constructivamente en sus

análisis. Autoclarificándose ideológicamente, los supuestos miembros consultados se han definido muy variopintamente. Van desde el maoísta al partidario de Servan Screiber y el doctor Barnard, desde el que asegura sólo tener ideas sexuales al que denuncia la insuficiencia marxista de Marx, a tenor del descubrimiento de sus escritos juveniles; desde el partidario de Areilza, y lo que sea, con tal de evitar espectáculos bochornosos, hasta el que promete una larga, dura, sangrienta, llorosa peregrinación hacia el triunfo del socialismo. Los hay que miran los toros desde la barrera y los hay que tolean a su manera. Sólo había un diabético. En cambio, abundaban los dañados de intestino y estómago. Porque si algo estaría a punto de dar uniformidad y existencia real a la «gauche divine» es que ninguno de sus supuestos miembros femeninos sabe cocinar.

Todos rechazan el infamante calificativo con un pudor digno de mejor causa, y aseguran conocerse escasamente entre sí. Sólo dos o tres grupúsculos practican un cierto erotismo de grupo, algo vergonzoso y mal visionado en alguna película extranjera. Alguno se cree poco menos atleta sexual japonés. Pero las miradas femeninas que acogen su afirmación son muy elocuentes al respecto.

«Gent Divine»

En apoyo de mis investigaciones relataré los entresijos de la operación «gent divine». Recientemente, la fotógrafo Colita, propiciada por el empresario Oriol Regás, se decidió a montar una exposición fotográfica de los implicados en el «affaire» de **lagauche divine**. La operación se gestó en el mes de noviembre e iba a ultimarse a comienzos de diciembre. Las fotos ya estaban hechas, el local contratado, todo dispuesto, hasta que el clima de gravedad que iba adoptando la situación del país aconsejó a los promotores la suspensión del acto. La fotógrafo había hecho unas listas previas de «divinos», no porque tuvieran título académico de serlo o carnet de partido «divino», sino porque las acusaciones de «gauche divine» iban dirigidas a personas y grupos muy concretos. Algunos de la lista se negaron a aparecer en la exposición; los más, no, y creyeron contribuir con ello a excitar el alicaído sentido del humor del país. ero fue curiosa la actitud general de los implicados: muchos rechazaron ser de izquierda; en cambio, aceptaron ser bastante «divinos», otros se confesaron de izquierda, pero no creían tener nada de «divinos».

De todas maneras, a ambos sectores les parecía una devaluación mutua la reunión significadora de los términos «gauche» y «divine», y en primera y última instancia no sabían qué quería decir la expresión. Se llegó a un título aséptico y la exposición fotográfica iba a rotularse: **Gent Divine**; de esta forma, la broma quedaba más clarificada y no se colaboraba en la devaluación de la palabra «gauche» y su real significación. ¿Por qué esta meticulosidad nominalista? Porque «gauche divine» era poco más que eso, un mero nombre puesto a un fantasma al que nadie se había enfrentado con lucidez, sólo con emotividad, debido al aspecto atildado del fantasma, a su blancura de biodetergente y a sus bromas algo pesadas.

En la confección y discusión de la lista de «gent divine» se pudieron llegar a interesantes percepciones. Lo único que unía a todos sus componentes era un profundo espíritu liberal, una hipersensible imaginación liberal. Goethe ha dejado dicho que no existen «ideas liberales», sino sentimientos liberales. Otra cosa sería la **ideología liberal** en conexión con unas relaciones de producción capitalista y todas las deformaciones políticas de lo que en su día fue democracia burguesa. No. El liberalismo de las gentes, supuestamente pertenecientes a la «gauche divine», era un liberalismo sentimental. Lionel Trilling, en el prólogo a su **Imaginación Liberal**, asegura que el liberalismo es la única tradición intelectual en los Estados Unidos. Insisto en que se refiere a ese liberalismo como actitud profunda del sentimiento ante las relaciones y que este juicio puede aplicarse impunemente a toda la casta intelectual habida y por haber: el liberalismo sentimental es la única tradición intelectual posible, y es imposible ser intelectual sin una sentimentalidad liberal y sin una praxis en consecuencia. No anticipen deducciones, por favor. Aragon es un intelectual marxista de sentimentalidad liberal, y Sholojov, actualmente, no es otra cosa que un jefe de Negociado de Primera de la Gran Administración de la Cultura Soviética.

Otra cosa sería ya plantear la cuestión, la validez o invalidez del intelectual, el escritor, el artista y el profesional de la cultura, en todas sus facetas, en el seno de una organización social contemporánea, tanto en la neocapitalista como en la socialista. Pero este tema excede la cuestión de la «gauche divine», a la vista de lo utilizable que es en nuestras latitudes. Porque se ha demostrado que la **gauche divine** aprovecha, y a unos les sirve, para denunciar las trampas de la derecha y a la derecha para devaluar la

izquierda. Nunca se vio fantasma tan necesario. Habrá que deducir, finalmente, que si la «gauche divine» no existiera habría que inventarla como gran coartada lingüística de la revolución semántica española.

Excedencias y talentos

Por incipiente que sea, un renacimiento cultural burgués tiende a crearse un clima enmarcador del hecho. En toda situación renacentista se crea un caldo de élite progresiva, interesada en todo lo que significa novedad y, en definitiva, activadora de la misma. El renacimiento cultural burgués español es evidente en Madrid y Barcelona, propiciado por una situación económica favorable, en parte, pero fundamentalmente por una necesidad voluntarista de superar tantos años de mediocridad cultural y vivencial. A partir de los años cincuenta, la Universidad ha lanzado sucesivamente promociones y promociones de profesionales de la cultura, críticos, sentimentalmente liberales y con tendencias estéticas y estetizantes hacia el socialismo. Éste ha sido el sustrato del que se alimenta el renacimiento cultural burgués, bastante polifórmico en estos últimos años, pero en la década inicial de los cincuenta casi circunscrito a la experiencia del realismo crítico. Pero no todo el monte es orégano, y la Universidad también ha lanzado promociones y promociones de subempleados culturales, verdadero proletariado cultural, más evidente hasta ahora en provincias e incluso en Madrid, porque la industria editorial barcelonesa y otras plataformas industriales culturales absorbían mano de obra y no creaban la inquietante impresión de desempleo y la frustración y radicalización consiguientes. Hay síntomas de que el equilibrio profesional en Cataluña está alterándose por una serie de circunstancias: aumento progresivo de oferta de «mano de obra» y la endeblez, que llega a quiebra en ocasiones, de la mayor parte de las plataformas de la industria cultural. Los planes de reforma de la educación, que en principio pueden absorber a grandes cantidades de profesionales de la cultura, están en la cuerda floja del presupuesto. De momento, en pleno mes de enero, aún no se han pagado sueldos a los profesores de los Institutos de Barcelona, ni a los del COU, ni a la mayor parte del profesorado de la Universidad Autónoma.



Lógicamente, el talante de las nuevas promociones de profesionales es muy diferente que el de las primeras, y, sobre todo, que el de aquellos que han alcanzado una cierta singularidad, que repercute en su cotización y en la facilidad para encontrar trabajos. Este sector subempleado es, quizá, el más crítico, sobre todo en Cataluña, contra lo que se ha bautizado como **gauche divine**. Ante todo, les molesta el talante con el que los supuestos miembros de la «gauche divine» se toman las cosas serias. La «pose» distanciadora de ciertas élites irrita, por lo que la distanciaci3n tiene de manera pulcra frente a una 3poca que exige continuamente la sustituci3n del tenedor por los dedos. Les molestan ciertas apariencias de la llamada «gauche divine»: que salgan en «Fotogramas», que salgan en los peri3dicos, que se comenten sus dichos y hechos. Oponen frente a ello el cuadro de la Espa1a del silencio, que no sale en «Fotogramas» ni en los peri3dicos, la que no tiene nombre ni un anillo con una fecha por dentro. No se trata de un mero enfrentamiento biol3gico entre situados y envidiosos: se trata de dos talantes diferentes, condicionados por situaciones socio-econ3micas diferentes. Hasta ahora, el enfrentamiento verbal haba surgido entre la llamada «gauche divine» y la llamada «gauche satanique», a manera de reproches dirigidos por la hormiga a la cigarra. Molestaba a las hormigas el relativo parentesco insectivoro que la palabra **gauche** le planteaba con la cigarra. La sacramentalidad de la palabra, aun pronunciada en franc3s, es evidente.

Pero la operaci3n pol3tica de clarificaci3n se ha invertido por mor de las circunstancias, y ahora, la «droite divine» y la «droite satanique» malemplean la expresi3n «gauche divine» para desarmar las posibles razones cr3ticas de todo el intelectualado, artistado y profesionalizado del pa3s. Ante la imposibilidad hist3rica de que en los carnets de identidad se clarifique si uno es de la «gauche»

seria o de la otra, hay que pasar por el rubor de un tiempo de confusionismo, bajo el ojo de las inquisiciones, y soportar con resignación las vejaciones, en espera del crecimiento de la cizaña sobre el trigo y la definitiva, clarificadora, siega. Mientras tanto, cada cual puede dar gracias a sus dioses por ser menos culturalista que Eugenio Trías, menos social-demócrata que los social-demócratas, menos chulo que Juan Benet, menos cantante que Serrat y menos estructuralista que Gabriel Celaya. Pero en esta discusión de galgos o podencos pueden llegar los cazadores, y galgos o podencos, ¡oh, sorpresa!, muerden con idénticos resultados, en su irracional, poco meditada, poco científica, en suma, confusión sobre lo divino o lo satánico. Tal vez esto sea motivo de reflexión, sobre todo para la «gauche» concienzuda, la que ha entendido el oficio de vivir como una operación nada banal.

El oficio de vivir

Solos, fanés, descangayados, salen de madrugada del cabaret. El ambiente del cabaret es un algo zarista, recuerda esos vagones lujosos donde se firmaban las paces de Versalles. Estaba poblado de arquitectos, «misses», modelos, fotógrafos de moda, estudiantes de Ciencias Económicas con parálisis facial, ejecutivos, cantantes de la «nova» y la eterna canción, servan-screiberista, ex bailarines de «soul», arcángeles ingleses, noctámbulas parejas armiñadas fugitivas de un tapiz de Montecarlo, dos poetas borrachos, tres tocones visuales, una antillana, una pubilla vallesana que piensa: «Com el Vallés no hi ha res» («No hay nada como el Vallés»). Con todos ellos se ha montado el «affaire» de la «gauche divine», una gratuita serpiente de verano que se ha convertido en dragón por la intencionada imaginación nada liberal de los adjetivadores de fantasmas. Y estos seres solitarios, fanés, descangayados, que salen de madrugada del cabaret, constituyen, en grupo, un excedente social común a todas las sociedades urbanas que superan el millón y medio de habitantes. Sólo les unen determinadas conclusiones acerca del oficio de vivir, que, naturalmente, no se parecen en nada a las

del matricero que ha puesto el reloj para despertarse precisamente a aquella hora para acudir al trabajo. Es baratísimo y mediocrementemente esteticista enfrentar la retirada de la cansada «gent divine» hacia sus casas con el amanecer de la población obrera de la ciudad industrial, tan burda y grotesca como enfrentar el cromo del rebelde de provincias, morado de tinto, al del campesino de los alrededores, que se levanta a aquella misma hora porque oye quejarse a la cerda.

La «gauche divine» no existe. Existe el drama del llamado profesional liberal, del llamado artista, del llamado profesional de la cultura, consumido por una sociedad estuchadora que no ha vacilado en adjetivar peyorativamente a uno de sus sectores más aparentes y menos determinantes. Este sector se ha constituido, socio-económicamente, en **high society** de la pequeña burguesía progresiva y legisla algunas cosas, pero de escasa importancia comunitaria: modas culturales, de vestuario, sexuales, lingüísticas. Y esa «altura social» hay que considerarla muy a la española: es una altura relativa, con mucho dos caballos por en medio y cubierto de sesenta pesetas en un restaurante para iniciados, con mucho plan de boquilla y mucha tierra en La Habana, con mucha sabiduría convencional y mucho «Reader's Digest», con más Charlie Brown que Carlos Marx. Esa «high society» relativa, tan relativa, por algunos precipitadamente calificada de «gauche divine», se declara tan partidaria de la felicidad como de los psiquiatras y del «Ché» Guevara, como de Marcial o Pirri. Porque yerran los que han circunscrito la clarificación al litoral catalán. En el triángulo braguetero del Gijón, del Oliver y del Pub de los madriles se cuece un caldo similar, inofensivo y tristón, del que siempre se aprende algo en el duro aprendizaje del oficio de vivir.

Lo más lamentable es confundir un talante vital determinado con una participación histórica. Estas gentes solitarias, fanés, descangayadas, que salen de madrugada del cabaret, al día siguiente se duchan y desodorizan (suelen ser muy pulcros) y se convierten en ciudadanos operativos o no. Como todo sector social, puede dividirse individualmente

en seres eficaces y no, activos y pasivos. Los hay que destacan en su práctica profesional. Los hay que no superan las fidelidades políticas estéticas y los hay que se tragan el talante distanciador (¡ay, la sentimentalidad liberal!) y son capaces de llegar a pactos totales con la Historia. Pero como grupo, no existen; como «gauche divine», nadie puede hacerles un puesto en nuestro pasado, en nuestro presente, ni en nuestro futuro.

Hay otro vocabulario más representativo, más signo-función de hechos sociales reales, que, sorprendentemente, ha quedado sepultado bajo el oportunismo utilizador de la «gauche divine»: reaccionarismo, parafascismo, maniático-represores, inmovilistas...: ése es el vocabulario que merece un lugar en nuestros periódicos y un lugar en nuestras oraciones divinas o satánicas.
